

Comunión: respuesta de Dios a la corresponsabilidad: respuesta del discípulo

P. Ángel L. Ciappi

julio de 2011

En la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* del 6 de enero de 2001 el Santo Padre Juan Pablo II nos presentó como desafío para el tercer milenio que recién comenzaba hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Ya en la IV Conferencia general del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) celebrada en el 1992 en Santo Domingo, República Dominicana, había pedido a la Iglesia una «nueva evangelización», nueva en sus métodos, ardor y expresiones. El reto sigue ante nosotros: cómo comunicar a Dios, que es comunión de personas en el amor, con un estilo, un lenguaje, método y ardor renovado que sintonice mejor con la mentalidad y sensibilidad de los hombres y mujeres del siglo XXI. En mayo de 2007, la V Conferencia general del CELAM celebrada en Aparecida, Brasil, bajo el pontificado de Benedicto XVI puso de manifiesto que la vocación de todo bautizado es vivir como discípulo-misionero y que «la vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en la Iglesia» (Documento de Aparecida 156).

Estoy convencido de que todas las verdades de nuestra fe católica: Santísima Trinidad, Encarnación, Eucaristía, santidad, gracia, pecado, salvación, perdón, amor, virtudes, comunión, entre otras, presentadas desde la óptica del don encuentran un nuevo y coherente modo de expresión. También encuentran, en la gratitud por la gratuidad de los dones (pues todo es don de Dios), el ardor que lleva a vivir la generosidad en el discipulado y la misión. Providencialmente, es éste también el único modo de vivir y comunicar la comunión que es la esencia de la Iglesia.

Esta comunión se vive y edifica cuando cada uno pone a disposición de los demás los dones y talentos –muchas veces escondidos y que hay que descubrir– que Dios regala a cada uno (cfr. Documento de Aparecida 162). «Sin duda, no basta la entrega generosa del sacerdote y de las comunidades de religiosos» (Documento de Aparecida 202). «Se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión» (Documento de Aparecida 202).

Por experiencia sabemos que no es fácil lograr esto. Por eso la V Conferencia propone y recomienda una nueva pastoral que desarrolle una espiritualidad de la gratitud (Documento de Aparecida 517,c). Fundamentada en el Evangelio, la espiritualidad de la corresponsabilidad parte de la gratitud por la sobreabundancia de dones que Dios nos concede a cada uno, llevándonos a superar los obstáculos para vivir de un modo práctico la generosidad. La comunión será la respuesta de Dios a la corresponsabilidad, que es la respuesta del discípulo a los dones de Dios. Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión requiere renovar la parroquia para que «sea una red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión» (Documento de Aparecida 172).

Tradicionalmente hemos puesto mucho énfasis en la erradicación del pecado contraponiendo su maldad a la bondad infinita de Dios, fijándonos en la ofensa que supone el pecado ante el amor misericordioso que Dios nos tiene y que nos ha manifestado de modo eminente en su Hijo Jesucristo, considerando lo que implica de rechazo a la obra redentora de Cristo. De este modo hemos puesto el énfasis en la obligación que tenemos para con Dios, como si amar a Dios fuera principalmente un deber. También se nos ha animado a luchar contra el pecado considerando sus consecuencias funestas, sobre todo la condenación eterna que podría conllevar. Así hemos recurrido al miedo como incentivo, si bien aclarando que la correspondencia al amor de Dios por miedo es un amor muy imperfecto. Hemos insistido en que hay que «cumplir» el mandamiento del amor (amar a Dios y al prójimo) como si fuera algo que arrancara de nosotros, cuando en realidad nuestro amor es correspondencia al amor fiel de Dios que nos amó y nos ama siempre primero y cuyo amor es requisito y posibilidad del nuestro: «Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor» (Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas Est* 17).

Estas razones han hecho que muchos se quedaran en el «mínimo» para no pecar gravemente o para no «condenarse». Por otro lado, la sensibilidad moderna se ha distanciado de este tipo lenguaje (infierno,

condenación, pecado, mortificación, reparación, conversión) y de estas argumentaciones, que suelen ser muchas veces rechazadas de plano, llegando algunos a caer en la trampa del Maligno de negar su existencia y la del pecado. Así muchos han pasado de largo, desilusionados con la apariencia, ante la única vía para alcanzar su profunda realización personal, humana y espiritual, por medio de la comunión plena con Dios y sus hermanos, comunión a la que sólo podemos acceder con plenitud de la verdad revelada y de los medios de salvación a través de la Iglesia Católica .

Partiendo de Dios que es Amor, quiero proponer la gratitud que brota como respuesta a la gratuidad de la sobreabundancia de dones con la que Dios nos manifiesta su amor como el «motor» que nos impulsa a «cumplir» el «mandamiento» del amor, pasando del miedo y la obligación a una correspondencia fundamentada en la necesidad de agradecer. Seguiremos el modelo de Jesús, cuya vida de generosa acción de gracias al Padre se apoyó siempre en la necesidad de corresponder a la gratuidad del amor del Padre, de quien recibe todo cuanto él es y tiene.

Fijarnos en los dones, que nos hacen ser lo que somos y tener lo que tenemos, y en el amor de Dios que nos manifiestan es mucho más estimulante que fijarnos en el pecado que es, en definitiva, una falta de correspondencia a los dones de Dios. Sin dones no podríamos pecar. Por otro lado, fijarnos en el pecado es fijarnos en nosotros, pues todo es don de Dios excepto nuestra falta de correspondencia, es decir, nuestro pecado. Fijarnos en los dones es fijarnos en Dios, Dador-de-todos-los-dones, y quien es también el Don-sobre-todo-don. No negamos la realidad del pecado ni la necesidad de combatirlo, pero queremos dedicar más esfuerzo a «mirar» los dones que a «mirar» el pecado. Según el consejo de San Pablo: «Vence al mal con el bien» (Rom 12, 21), queremos «mirar» los dones y desde la «lógica del don», apoyados en la gratitud por los dones vencer el pecado. Luchar contra el pecado por obligación normalmente obtiene resultados pobres, porque la obligación se apoya en mí que soy inconstante. Proponemos la gratitud como motivación para vivir con generosidad el amor, es decir, el entregar con generosidad los dones según la intención y el estilo de Dios. La gratitud es constante, a condición de que no nos cerremos a reconocer los dones, porque el flujo de dones no depende de nosotros sino de Dios que es fiel. Aprendiendo y viviendo esto en la Iglesia haremos de ella la casa y la escuela de la comunión (pues en la reciprocidad del amor se hace presente Dios que es comunión) y seremos discípulos misioneros que desde la comunión anuncian lo que viven.